

PARIS POR DENTRO.

LA FOIRE AU PAIN D'ÉPICE.

Dos sentimientos, el de curiosidad, inquieto en mí, y el del deber profesional, que me obliga y á veces me condena á verlo todo, me llevaron ayer á la Foire au Pain d'épice. Confieso humildemente que no encuentro traducción á esta frasecilla; á menos que me permita, en uso de mi libre albedrío y en virtud de la autoridad que yo á mí mismo me otorgo, inventar otra castellana equivalente, como esta, por ejemplo: FERIA DEL MOSTACHÓN.

Llámeselo del pan de especias, del mostachón ó como se quiera, lo cierto es que esta feria es una de las más antiguas y populares de París, á la que todo parisien, digno de este nombre, debe concurrir, no obstante el calor, el polvo, la sed, las horas sin fin perdidas en espera del tranvía y otros muchos inconvenientes de no menor calibre.

Desafiando yo valerosa y filosóficamente estos inconvenientes, y por seguir la corriente de la moda, di ayer con mi cuerpo en la feria; y no me arrepiento, porque aquella promiscuidad de especias diferentes, aquella batahola de hombres y animales, aquella zambra infernal ofrece algo de característico, á la par repugnante y atractivo, pero curioso.

El espacio de terreno comprendido entre el Boulevard Voltaire y la entrada de Vincennes, cuyo centro es la plaza del Trono—de la Nación quise decir, porque no habiendo trono en Francia no era posible conservar su nombre á la plaza del Trono—es, durante treinta días, el reino del desconcierto y la algazara, reino del que es rey el que más ruido mete.

En él cada cual se despacha á su gusto y es cosa de oír el ruido ensordecedor de los tambores y trompetas, pitillos, bombos y timbales, orquesta cacofónica que acompaña al coro discordante que forman con sus gruñidos, mugidos y rugidos los leones, osos, hienas, chacales, perros y gatos, y con sus guturales y estridentes gritos los papagayos y cotorras.

La feria!... Dos kilómetros de barracas, kioscos, tiendas de campaña, cajones, carricoches abigarrados, gigantes, cosos, microscópicos otros, domicilios de atletas, colosos, enanos, saltimbancos y payasos. Y decir que ninguna de esas barracas me pertenece—¡oh, desventura!—porque mis progenitores no supieron escoger mi carrera, y, sin consultarme me dedicaron á la del Derecho, sin dudar con la esperanza de verme un día, serio y estirado, administrar justicia detrás de un mostrador cubierto de terciopelo encarnado, envuelto mi severo cuerpo en una anguarina de terciopelo negro, y mi pensativa cabeza cubierta con una especie de molde de hacer flan, sin considerar cuán diferentes eran mis ensueños de adolescente. Hombre ya y doctor, por añadidura y equivocación, continué en mis trece y encuentro muy suficiente la intervención que tomo en los asuntos de justicia pagando, como buen ciudadano, la parte alcuota que me corresponde para mantenimiento de alguaciles, polizontes y verdugos.

Mis ensueños eran otros, lo declaro; al estudio de las Pandectas y del Fuero Juzgo hubiera preferido el de los tres trapecios ó la batuda americana, y á la posesión del grado de Doctor en ambos derechos, la de un circo, una casa de fieras ó un simple *Tío Vivo*; la vida al aire libre, el sueño en los pesados y pintorrotados carricoches, los viajes lentos por las empolvadas carreteras y los altos ó paradas á la orilla del cristalino río ó á la sombra de la frondosa y robusta encina ó del naranjo embriagador, la vida, en fin, de la gran Bohemia.

Por eso allí donde resuena el organillo, donde muge el oficleide, donde chisporrotea el buñuelo, lanzando su emponzoñado aceitoso aliento, allí acudo yo atraído por una invencible simpatía, arrastrado por una poderosa seducción, dominado por un deseo victorioso, justificando así completamente el *trahit sua quemque voluptas*, del poeta latino.

Y es que si, como dice el proverbio, de músicos y locos todos tenemos un poco, del histrion también se me figura á mí que tenemos todos algo y aún algos.

Los que echan pestes contra las ferias y las fiestas populares, pidiendo á voz en grito su supresión, es decir, la supresión de la alegría, del buen humor, de la indiferencia ante los angustiosos y continuos tormentos de la vida, no saben lo que dicen.

¿Por qué proscribir las fiestas, las diversiones públicas? ¿Por qué impedir al pobre pueblo, esclavo del trabajo y que tantas ocasiones tiene de llorar, que ría, que cante y que baile cuando la ocasión se presenta?

Esta jocosa indiferencia, este olvido momentáneo de las miserias humanas, que no son pocas, juntamente con la pancea del humorístico Rabelais *«buvoins peu mais buvoins frais»* es el mejor remedio contra esa tétrica negrura que la pavo-

rosa crisis quiere imponer al siglo XIX. Ha dicho no sé quién que la risa, cuando no es grosera, es lo mejor que tiene el hombre, y en efecto ¡cuán triste y fría y cruel debe de ser la vida de las gentes que nunca ríen!

Una cara siempre seria es como una casa inhabitada cuyas ventanas están siempre cerradas y á las que nadie se asoma. El alma tampoco se asoma á las ventanas de la casa, que son los ojos y la boca, cuando están cerradas; y tan solo la risa puede abrirlas.

La boca tiene dos lenguajes; el de la palabra y el del gesto; el primero mentiroso, el segundo, aunque mudo, y acaso por ser mudo, verdadero; porque las palabras vienen del cerebro, mientras que la risa sale del corazón.

En las ferias francesas se conserva aún el tipo, que por desgracia va desapareciendo, del payaso, especie de personaje que recuerda aquel que en las tragedias de Esquilo improvisaba disparatados monólogos, acompañados de gestos y contorsiones, á propósito de los sucesos públicos de actualidad, y que se parece al *Pulcinella* del moderno teatro italiano. Este personaje ha solido tener intérpretes de verdadero talento y de gracia sin igual, artistas, en su género, de valía, que hacían reír con sus chistes, algunos de ellos de exquisito gusto, y con sus ocurrencias llenas de agudeza y aticismo.

Estos payasos y ciertas bromas ó mistificaciones ingeniosas divierten realmente y hacen reír.

Contaré á Vdes. una de que ayer fuí víctima y que de puro tonta tiene gracia é indica en el fondo cierto conocimiento de la debilidad humana.

—«No se vayan ustedes, señores, sin ver la curiosidad más sorprendente de la feria, la mujer salvaje. ¡La mujer salvaje! La sola, verdadera y legítima salvaje!»—Así gritaba el encargado de atraer al público y subyugarle con sus embolismos.

Le empiezan á dar á uno ganas de entrar en la barraca pensando encontrarse con una especie de mujer caribe, terrible, con los ojos inyectados en sangre y la fisonomía feroz y cruel, vamos, un antropófago suegra; y al fin se decide uno y deja sus dos *perros grandes* á la puerta.

Una vez dentro se encuentra uno con una mujer como las demás, es decir, como las demás que son feas, poco pulcras y *amojamadas*, como diría Zamacois, que con gran frescura y sin igual desenfado pronuncia el siguiente lacónico discurso:

—«Yo, señores, soy Tiburcia Salvaje de Salvaje. Mi marido se llamaba Pancracio Salvaje, y Salvaje también era mi padre. Ambos han muerto y yo soy la única Salvaje que existe, para servir á ustedes. Esperó que no me olvidarían, que me recomendarán á sus amigos y conocidos y que dejarán ustedes un modesto recuerdo á la verdadera Salvaje.»

Y diciendo esto presenta una bandeja, salud, y el timo queda consumado, para volver á empezar, porque las personas que salen corridas, se guardan muy bien—tal es la pequeñez humana—de confesarlo; y la mayor parte se consuelan pensando en el soberbio chasco que se van á llevar los que entran, por aquello de que *mal de muchos...*

Y ahora caigo en la cuenta de que aún no he dicho á ustedes porque se llama á esta feria del pan de especias; porque así como de San Isidro nadie vuelve á casa sin rosquillas de la Tía Javiera, ni de las romerías montañesas sin *avellanás* ó un pedazo de roscón del que se rifa en la ermita del Santo, así en París nadie deja de comprar el consabido y empalagoso *pain d'épice*.

En la feria de la plaza del Trono hay de ese pan en cantidad suficiente para dar un cólico á toda la provincia de Santander, que Dios preserve.

Pío SILBÉN.

Neully-Sur-Seine 7 de Mayo de 1886.

LAS MARAVILLAS DE LA FÍSICA MODERNA.

II.

EL PIRÓFONO.

El día 17 de Marzo de 1873 el salón de actos públicos en la Academia de Ciencias de París presentaba un aspecto imponente, severo, deslumbrador. Todos los miembros de aquella ilustre corporación, y muchos de sus socios correspondientes ocupaban los sitiales, y un público numeroso, después de las incomodidades propias de una larga espera, se codeaba, oprimía y apiñaba en la tribuna pública, para escuchar del mejor modo posible á los sabios oradores.

Mr. Kastner, que, después de repetidas experiencias y dilatados estudios, había arrancado á la naturaleza uno de sus más prodigiosos secretos, venía ante aquella corporación doctísima y competente á demostrar la verdad de sus teorías. Se trataba de un descubrimiento curioso por todo extremo, como es el de

las llamas sonoras, y Kastner iba á presentar el aparato más perfecto y más ingenioso que en nuestros días ha ideado el entendimiento humano, el de hacer música por medio del gas del alumbrado.

El mencionado físico, consiguió desde el primer momento fijar la atención y ganar la voluntad de su ilustrado auditorio, con solo anunciar el principio, absolutamente nuevo, en que se fundaba el instrumento de su invención llamado PIRÓFONO.

«Si en un tubo de cristal,—decía—se introducen dos llamas de igual volumen, estas darán sonidos unísonos mientras ardan separadas; pero luego que se junten y confundan en una sola, aquella nota musical cesará instantáneamente.»

Todo el mundo sabe que cuando una llama producida por la combustión del hidrógeno arde dentro de un tubo de cristal, produce un ruido ocasionado por las vibraciones de la onda luminosa al salir del estrecho muro que la limita y ponerse en contacto con el aire atmosférico; pero que este rumor es tan pequeño, tan imperceptible y débil, que no puede apreciarse ni aun por el oído más sensible y delicado.

Sobre el principio de este elemento de sonido infinitamente pequeño, se han hecho numerosos estudios, ya con el fin de ampliarle y difundirle, ya con el de darle forma y normalizarle. La Academia, como era muy natural, conocía todos los trabajos del sabio físico Lissajoux sobre la acústica, y había examinado el tubo de cobre ideado por dicho profesor, en el que, por medio de un doble fondo de tela metálica, se conseguía arrancar á las llamas que en él ardían un silbido fuerte, agudo y estridente, como el que produce la locomotora.

También se habían publicado ya los experimentos del catedrático Mr. Mauritus que consiguió por el mismo medio imitar el graznido de algunas aves, y eran conocidos, finalmente, los trabajos de Houstow sobre el silbido, y los profundos estudios de los tudescos Krass y Landois sobre el chirrido de algunos reptiles, que llegaron á imitar con admirable perfección.

Todo esto, repetimos, era conocido de la sabia corporación, y sin embargo esperaba ver convertidos en sonidos musicales aquellos ecos informes y desagradables que hasta entonces se habían podido arrancar al gas en combustión.

La intensidad de los sonidos era desconocida de los físicos antiguos; así es que la ciencia moderna recibió con entusiasmo los descubrimientos del catedrático Mr. Mayer, que después de muchos experimentos y numerosos trabajos llegó á medirla exactamente, por medio de un procedimiento tan sencillo como razonado; pero este descubrimiento de nuestros días, lejos de favorecer los estudios del ilustrado inventor del pirófono, habían de ser una rémora al perfeccionamiento de su obra, toda vez que debía ajustarse en un todo á los preceptos aceptados como verdaderos, y por medio de ellos demostrar la exactitud de sus teorías.

Estas dificultades y otras muchas que habían de ofrecérsele en la ejecución de su mecanismo, influían en el ánimo de la Academia, que á pesar de no poner en duda la vasta instrucción del distinguido físico, temía que la práctica no sancionase lo expuesto en la memoria de aquel invento tan ingenioso como nuevo, y que los sonidos producidos por el concurso de dos llamas fuesen un trasunto, más ó menos variado, de cuantas tentativas se habían hecho anteriormente.

Pero Mr. Kastner, hombre serio, ilustrado y sereno, después de informar á la Academia de las vicisitudes y contradicciones con que había tenido que luchar en sus ensayos, presentó á la consideración del auditorio un tubo de cristal de 55 centímetros de longitud, 61 milímetros de diámetro y 25 diezmilímetros de grueso, perfectamente calibrado, y sostenido por un elegante basamento de metal dorado. En el centro de aquel sustentáculo se veían dos mecheros separados por una distancia de 30 milímetros, uno de los cuales permanecía fijo en el lugar de su emplazamiento, mientras el segundo, aunque constantemente unido á él por la presión de un muelle de hélice colocado en el lado opuesto, podía separarse cuando conviniera al operador por medio de un brazo de palanca que se prolongaba al exterior.

Aquel pequeño instrumento era un prodigio de exactitud y perfección. El autor encendió ambas luces, y el silencio más profundo reinó en aquel recinto; pero en el instante en que por medio de la citada palanca las luces se separaron, el tubo lanzó un gemido dulce, prolongado, sonoro y cadencioso, que representaba el *fa* natural de nuestra escala musical.

El rostro de aquellos hombres, encadenados en el estudio, se iluminó como por encanto; un murmullo sordo, pero de aprobación general, se extendió por todas partes, y el autor vió así por pri-

mera vez premiado el fruto de sus afanes.

Después abrió una cajita donde se contenían siete tubos iguales al que antes había examinado, la colocó sobre una mesa, encendió los mecheros, y, oprimiendo con sus dedos sucesivamente las siete palancas, hizo sonar la escala más grata y más sonora que jamás pudo escucharse.

Aquellos ecos que con tanta perfección imitaban la voz humana; aquella dulzura en el timbre, y aquella exactitud en el número de vibraciones que á cada nota correspondían, no le ha conseguido jamás instrumento alguno. El recto tribunal dictó su fallo con un ¡bravo! unánime, escapado de aquellos labios acostumbrados á decir verdad.

Kastner, muy satisfecho de haber conseguido agrandar á la corporación más sabia de Europa, se dirigió á una mesa que se hallaba colocada en un lado del paraninfo, sacó una llavecita del bolsillo y la abrió, ofreciendo á la vista del público el mecanismo de un órgano compuesto de tres teclados superpuestos, y en el fondo una serie de tubos de diferentes dimensiones colocados en ordenadas filas, y que correspondían á una escala cromática de seis octavas.

El gran físico encendió las luces, se sentó tranquilamente en una banqueta, y, dejando correr sus dedos sobre el teclado, preludió una armonía débil, pero dulcísima y cadenciosa, que entusiasmó al público de las tribunas hasta el punto de prorumpir en un aplauso nutrido y espontáneo, que hizo verter dos gruesas lágrimas de gratitud al afortunado autor.

Restablecido el silencio sin excitación de la presidencia, Mr. Kastner tocó muy despacio y con gran sentimiento una preciosa melodía de Weber que, además de las bellezas innumerables que en su composición había vertido el maestro, tenía la incomparable que le daba el instrumento con la dulzura de sus blandos ecos.

«Parecía, al escuchar el sonido de aquellas hermosas notas,—dice Mr. Becquerel—que un coro de ángeles se cernía en el espacio, y que á lo lejos, perdiendo los ecos de sus armoniosas voces, llegaban á nuestro oído para deleitarnos con desconocidas sensaciones. La naturaleza misma parecía arrancar á los aires sus más dulces acentos, y que, penetrando en nuestra alma, lograban apoderarse de ella arrobándola en éxtasis dulcísimo.»

Al terminar sus experimentos, Kastner fué calurosamente aplaudido por todos, y muy justamente felicitado por los miembros de la Academia, que vieron con asombro realizado uno de los mayores prodigios que puede alcanzar el hombre por medio del estudio.

Pocos años después, el PIRÓFONO fué presentado en la Exposición de Viena, donde llamó la atención del mundo entero, y por él consiguió su autor el primer premio entre los grandes inventos que pudieron admirarse en aquel certamen del saber.

A. S.

¡FELICIDADES!

MONÓLOGO

(ESCRITO PARA SER REPRESENTADO EN UN TEATRO DE SOCIEDAD LA NOCHE DE INOCENTES.)

La escena representa un gabinete elegante de hombre.—Puerta al foro y lateral derecha.—Balcón á la izquierda.—Mesa, primer término izquierda, con recado de escribir, papelería, libros...—En uno de los lienzos de pared, un calendario americano con esta fecha: «28 de Diciembre.»—La acción pasa en Madrid.

ESCENA UNICA.

CARLOS. ¡Las doce!... ¡qué atrocidad!... ¡Bah! ¿quién se apura por ello? Madrugar será muy bello, más... no, y tampoco es verdad: nunca entendí mi cordura que haya quien de menos eche no oír las burras de leche y el carro de la basura... (Pausa.) ¡Cuántos habrá por ahí que á estas horas hayan hecho... Pero, en fin, á lo hecho, pecho: eso ¿qué me importa á mí?... ¿A qué esa prisa, ese anhelo? ¡Cuántos habrán empleado este tiempo que ha pasado, en labrar su eterno duelo! Nada, yo firme en mi empeño: quien mejor haya salido se hallará con que ha perdido toda esa ración de sueño. Uno se habrá levantado por ver á la novia en misa y obtener una sonrisa en pago de un resfriado.

Dirá que hay mucha poesía en esto; que es dulce ver cómo reza una mujer, y mirar la luz del día que, amorosa, al resbalar por las caladas ojivas, vá en caricias fugitivas besando el alto pilar, hasta que, al suelo llegada y su propio centro hallando, se detiene acariciando aquella faz adorada... ¡Pobre hombre! ¿Qué habrá sacado en limpio de tanta prosa? Nada: después que su hermosa haya la esquina doblado, si su cabeza no es hueca verá que es muy nécio empeño vender tres horas de sueño por una estúpida mueca... Mueca que momentos antes, mientras él pensaba en ella, prodigaría la bella á otros diversos amantes... Y no crean, no señor, que ese va por vanidad, y porque hablé en la ciudad de su pretendido amor, ó por fingirse el pazguato y hacer la suya después cuando aquella beldad es rica, ó por pasar el rato fingiendo celos y amores: ¡sí, sí, aunque sea muy triste, ¡aún hay quien piensa que existe el amor!... En fin, señores, ¡si ha habido aquí mismo, aquí, hombre de tal candidez que se le ocurrió una vez asegurármelo á mí!... ¡A mí! que en lances extraños aprendí cuanto debía, á mí, que ya no creía en nada, al cumplir quince años!... Pues bien: antes que la luz otro se habrá levantado para seguir afanado, á costa de su salud, resolviendo el caso grave, que es su pensamiento diario, de llegar á millonario antes de que el año acabe... ¿A qué ese trabajo toma? Bueno que, el que como yo, en el cajón lo encontré lo disfrute y se lo coma. Pero el que va sin respiro por ello, es un majadero: el que no tenga dinero, señor, que se pegue un tiro! Sobre que después no hay nada, sobre que á quien más arrima el hombro, le echan encima más pronto la paletada... cuánto más cómodo es!... Además, que hay otros modos. Ustedes ya saben todos (*Al público*) lo que es *pintar un inglés*. No porque le hayan pintado, más de fijo lo han oído... ¿No?... Bueno; si así no ha sido que no valga lo que he hablado. Más ¿no han visto alguna vez, al subir por la escalera, disputando á la portera con un hombre muy soez que, del pasamano asido, insiste en subir á ver, mientras la pobre mujer le asegura que *han salido*? ¡nunca han sentido llamar en la habitación de al lado, y que se come el recado la chica, y no entra á avisar? O con asombro profundo ¿no les ha pasado oír que se acaba de morir el vecino del segundo, cuando no hace dos ó tres minutos, estaba bueno? Bueno, pues ese meleno que se lo cree, es un inglés. (Pausa.)

Vaya, vamos á pensar en lo que tengo hoy que hacer... Primeramente, ir á ver, con Perico Quintanar, el tronco... Si no rebaja más ese tío, es muy caro... Pero, en fin, ya no reparo: yo le diré á ese *Sonaja* quien se gasta más dinero... ¡Hombre! tendría que ver que me viniera á imponer la ley ese majadero! Como si fuesen de moda

sus normandos! ¡vaya un chicle y vuelta conque su Dick vale por mi chadra toda... Que venga cualquiera á verla, á ver quien sale ganando... Y señor, para normando ¿dónde se deja á mi Perla?... Pues dale; el maldito de él goza en hacermos saltar: así es que empezando á hablar se me revuelve la hiel, y, aunque es una necesidad, no como, me pongo malo... ¡un día le doy un palo que le parto por mitad!... Á ver... ¿qué otra ocupación?... Ah, ya sé: ir con Cayetano A desafiarse á Mariano. Hay derecho á la elección de armas, uno de los puntos... Vea usted una triste historia. Dos amigos, cuya gloria era el estar siempre juntos, por una frase escapada sin intención de armar cisma, se irán á romper la erisma. como unos señores. (Queda pensativo.)

¡Nada! no está el evitarlo en mí: el honor no es solo un nombre, es ley suprema del hombre y hay que obedecerla así. ¿Hay más asuntos pendientes?... No. Bien. (Se acerca al balcón.) ¿Qué buen día está!

(Al retirarse del balcón repara en la fecha del calendario.)

¡Caramba! ¿á veintiocho ya?... ¡Día de los Inocentes!... Tienen estos santos tanto ahijado, que causa miedo; pero yo por mi bien puedo afirmar que hoy no es mi santo!... Si fuera á felicitar á los que trato!... ¡Infeliz! no había en todo Madrid tarjetas con qué empezar. Toda esta escalera entera, si se van á examinar... Y ¿porqué no he de embromar hoy á toda la escalera? Hoy todo á juego se toma y es de la broma el imperio: yo les felicito en serio y ellos lo toman á broma. Y aunque mi intención entiendan, yo estoy bien con los vecinos, son todos ellos muy finos y no hay miedo á que se ofendan. Ea, pues. Primeramente vengan á exámen aquí para averiguar así

quién es ó no es inocente. En este cuarto de al lado se cuenta su eterna queja una gallarda pareja que hace un mes que se ha formado. Ella dejó proporciones que su padre le ofrecía, entre ellas, á quien tenía de capital diez millones. Verdad es que no era hermoso... mas ¿quién por ello le increpa? Bajito... un poco de chepa... bastante! casi jiboso. Pero no causaba enojos, y era muy bueno, oportuno... tan cándido, que ninguno consiguió abrirle los ojos! Nunca se pudo hacer más, de su inocencia á despecho, que abrirle un poco el derecho, lo que es el otro jamás. El, el que llevó la chica al fin, el que vive al lado, podía haberse casado con una heredera rica: mas cual si se viera ya hartó de cuartos... nunca fué así, la dió calabazas, y...

esta otra no tiene un cuarto. Pero dieron en decir que desde niños se amaban y que si no los casaban se iban los dos á morir, y al fin uieron su suerte. Y ahí van, benditos de Dios... hasta que estallen los dos de hastío, que es la peor muerte. Ayer mismo ví al marido: yo bajaba y él subía... creí notar que tenía cara como de aburrido. ¡Y está claro! esa sandez de que siempre han de quererse podrá, cuando más, creerse... un mes; pero alguna vez verá que se equivocó y ambos se convencerán. Conque ustedes me dirán si están de días ó no.

(Cogiendo de la papelera una tarjeta.) Una tarjeta... (Pone el sobre.) ¡Adelante!

Arriba... ¿quién vive arriba?... ¡Ah, sí! Don Facundo Escriba, un escritor elegante, que buscando la victoria

de estirpar antiguas mañas se quedará sin pestañas antes de dar con la gloria. No le falta inspiración, pero tal fuego le inflama que quiere escribir un drama y le resulta un sermón. Obras que moral reparten jamás con el pueblo intiman: así es que al pobre le arriman cada silba que le parten! Más ¿por qué es inoportuno? ¿á quién se le ocurre hablar de amor puro... y no matar en todo el drama á ninguno? Si hoy ya no priva lo serio: hoy, lo sabe el más zopenco, ó comedias en flamenco ó dramas con adulterio. Así está el mundo, y no hay modo de hacer al hombre variar...

¡Y este, que quiere enmendar hasta á la mujer y todo! Quien intente mejorarlos saldrá como este imprudente... Nada, nada, otro inocente! (Metz otra tarjeta en un sobre.) (Escribiendo) «De su afectísimo Carlos»

¡Así!... Siga la revista. Ahora viene Don Severo que habita el cuarto frontero del que ocupa nuestro artista. Don Severo es un bendito que, allá en épocas mejores, logró á fuerza de sudores reunir un capitalito... nada; pero en atención á que aspiraba á muy poco él creyó volverse loco al mirar aquel montón. Y juzgado muy posible ser un rico de verdad, entró en una sociedad que llamaban La Infalible. ¡Así fué! á los cuatro meses de haber los cuartos metido dió el crédito un estallido y ¡adiós! ni los intereses!... A ninguno ha de extrañar siendo una papa risible; como papa, era infalible, pero infalible en tronar. Pobre quedó Don Severo y no hay temor de que cobre, porque el tal señor es pobre de espíritu y de dinero.

¿Qué hubiera hecho en su lugar cualquier de ustedes, yo? ¡Pegarse un tiro!... Pues no: él se puso á trabajar. Tiene entre otras mil manías la de que el trabajo es ley del hombre... ¡Este es el rey de los que están hoy de días!

(Otra tarjeta.) En una guardilla oscura que hay sobre toda esta gente vive, en fin, otro inocente; un pobre señor, un cura. Socorre con tal exceso toda pobreza, y no hay poca, que quita el pan de su boca... Y ¿quién le paga todo eso? Dice que Dios... O el Profeta! cualquiera, nadie lo ve... Lo cual no obsta para que le envíe yo mi tarjeta.

(Otra tarjeta.) Creo que todos estén... Solo falta la Condesa, de quien no hay que hablar, porque esa es de los míos también. ¡Una mujer hasta allí! La aman muchos de mil modos, y ella se rie de todos, de todos... ¡hasta de mí!... No queda ninguno ya á quien saludar sincero... Como no sea el portero... ¡Infeliz!... ¿Cómo estará?

(Con cierto interés extraño en él.) ¿Se habrá muerto?... Bien mirado nada mejor puede hacer... ¡Eso, eso sí que es nacer con estrella! ¡Desgraciado! El relato de sus males es mi argumento mejor contra ese estúpido error de perseguir ideales. Hacer bien á los demás es, si en el premio se piensa, ir tras de una recompensa que no se alcanza jamás... Este pobre hombre, con quien más de una vez he porfiado, fué al Africa de soldado y allí se batió muy bien. Sacó un balazo en la frente creyeron que se moría, y en efecto, al otro día... ascendieron al teniente. Por librar de estos estrenos á un hijo, de esto detrás, fué á la guerra una vez más y trajo un brazo de menos. Ninguno le ha socorrido: ¿qué es la patria? ¡un estafermo! pues bueno, viejo y enfermo,

ahí está tan complacido. (Toca el timbre). Tan serio: nadie le oyó quejarse contra su suerte y aún tiene en mucho á su muerte lo que del mundo sacó. (Aparece un criado por el foro.)

¿Llamaba usted? Estas tarjetas á donde dice en el sobre. ¿Cómo está el portero? El pobre... ¿Le pagaste las recetas? Sí. Está mejor. ¿Qué me dices? Ha estado el chico, José: de parte del padre que los tenga usted muy felices. Yo no sabía que hoy era... ¿Qué? ¿Cómo es eso, insolente? Señor!... ¿Conque yo inocente? No quise decir que fuera... (Pues ni que fuere!) ¿Voy?... (Indicando si lleva las tarjetas) (Después de vacilar un instante.) ¡No! Déjalas ahí... Y si me vuelves aquí con un recado como ese te tiro por el balcón!

(Y hará bien, por majadero.) (Vase.) Me felicita el portero... ¡Dios mío! ¿tendrá razón?... (Telón.)

MADRID.

Como de costumbre, la primavera no ha tenido la amabilidad, que le hubiéramos agradecido mucho, de presentarse este año por la villa y corte. El almanaque, rutinario como un oficinista, anunció su entrada el 21 de Marzo; pero, si ¡buena entrada te dé Dios! por aquellos días hizo un frío que no tenía nada que envidiar al de Diciembre y Enero. La semana anterior no se veían por esas calles más que abrigos y pieles, que en realidad hacían muchísima falta, y en la presente ya no puede abandonar su domicilio, so pena de achicharrarse, el ciudadano sencillito y descuidado que no tiene traje de lanilla.

Aquí viene como de molde una pregunta por el estilo de aquellas que hace algunos años adornaban, al pié de un dibujo, las cubiertas de las cajas de cerillas. ¿Dónde está la primavera? No se como los poetas de Madrid se atreven á ponderar en sus versos los encantos y escelencias de semejante estación ¿qué saben ellos, si no la conocen? Porque aquí se pasa del frío al calor repentinamente, sin transición de ninguna clase, y el día que menos se espera, entramos en el verano de igual manera que entra en el mar el que se arroja de cabeza desde el muelle.

Las horchaterías, cuyos dueños, á pesar de los chascos recibidos, son los únicos que hacen todavía caso del almanaque, se abrieron este año, como de costumbre, allá á mediados de Abril, y había individuo á quien era imposible pasar por la puerta de una de ellas sin subirse el embozo de la capa; tal era el frío que causaba la idea sola de que había nieve allí dentro. Y daba pena ver á las horchateras con sus vestiditos claros de percal y sus brazos desnudos y el cuello sin otro abrigo que una cinta de seda. Había muchos imitadores de San Martín que de buen grado hubieran regalado á cualquiera de ellas media capa; sin romper la prenda, por supuesto.

Pero de la noche á la mañana, y como hushed importuno que no se anuncia, porque, confiando en la buena educación de los demás, espera ser bien recibido, se nos ha entrado por las puertas el calor—¡y qué calor!—con regocijo de sastres y aguadoras. Y aunque el almanaque no lo diga, el sol lo declara con lenguas de fuego: ¡estamos en pleno verano! Como que hasta los guardias de orden público y las porterías, los seres más avezados á las inclemencias del tiempo, buscan la sombra, sobre todo desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Los teatros de invierno han cerrado ya sus puertas ó se disponen á cerrarlas, viendo que no hay alma viviente que entre por ellas. Es-lava terminó su temporada anoche. La compañía de Variedades saldrá á fines de la semana próxima para Valencia, donde actuará dos meses, y la de Lara debutará el primero de Junio en la Coruña, y recorrerá, después de dar allí cuarenta representaciones, si van bien dadas, todas las principales ciudades de la región gallega, ó galaica, si á ustedes les parece mejor.

De lo que no se habla nada es de formaciones, que dicen empresarios y cómicos, para Santander. Tratándose de teatro parece que no existe semejante población en España. Sin embargo, no del todo, porque el día 18 saldrá para esa una actriz muy simpática y muy distinguida: la Sofia Romero. Va á... embarcarse en el vapor-correo que debe salir el 20 para la Habana. De todas suertes pueden aplandirla ustedes en el muelle ó en el bote. Y lo que es ella cantara, como sabe hacerlo, una guaracha ó un couplet, ya lo creo que la aplaudirán ustedes, no digo yo en el bote ó en el muelle, sino aunque fuera en la punta de una espada, que suene decirse.

Aquí, con la desbandada general de cómicos, estamos al presente reducidos á aplaudir—los que aplauden esas cosas—á acrobatas y funámbulos. Y tanto es la afición que el público manifiesta á esos espectáculos que, no bastando el circo de Price para contener á la gente,

supongo yo que será este el motivo—se abrió el viernes el hipódromo de verano, como llama Ducazeal á un mal barracón de tablas construido en las cercanías del obelisco del dos de Mayo, y donde trabajan unos infelices que, antes de llegar á la Corte, se habrán ganado la vida dando saltos mortales por todas las ferias y mercados de los pueblos.

La compañía de opereta italiana ha trasladado sus trebejos desde el teatro de la Comedia al de la Alhambra, y en este dicen que no le va tan mal como en el otro. Verdad que antes costaban las butacas cinco pesetas y ahora tres, y que, sobre esto, han venido á reforzar la compañía la Roselli y Bianchi, tiple y tenor muy queridos del público madrileño, que ya los ha aplaudido á rabiar dos temporadas seguidas. En el teatro de la Princesa se anuncia una compañía de ópera barata. (Y á propósito se acuerdan ustedes de cuando la gente de Santander llamaba la ópera barata á las sesiones del Ayuntamiento, en aquella época terriblemente borrascosa?) Mucho temo que la nueva empresa pierda el dinero. Un teatro que Mario con su compañía no pudo acreditar debe tenerse por muerto, á menos de que no se haga un milagro.

En el elenco, que dicen los clásicos, ó lista de cantantes, que decimos los que no aspiramos á académicos, figura como primera tiple una conterránea nuestra: Enriqueta In-cera, á quien recibí muy bien el público exigente y descontentadizo del teatro Real cuando pisó por primera vez la escena, y que luego ha cosechado, según dicen, muchas ovaciones en los teatros de las provincias. La oiré... y hablaremos. En el Español trabaja desde principio de mes una compañía de medio tiempo que dirige Ricardo Morales, y en la que no hay nada que de ver sea, aparte de Pepita Hijosca, que continúa con la gracia y la vis cómica de siempre, y que cada día parece más joven; sin que esto quiera decir que es vieja ¡libreme Dios! Este apreciable cuadro no estrenará ninguna obra, entre otras razones, que huelgan junto á lo que voy á exponer, porque no encontrarán quien se la escriba. Otra barraca de Ducazeal, y por cierto, también construida en terreno del municipio, como el Circo Hipódromo, el teatro Felipe, se inaugurará del 15 al 20 con una compañía cómica-lírica, á cuyo frente figuran Mesejo y Julio Ruiz, que tienen de líricos lo que yo de santo. Y los Jardines del Retiro, propiedad del Ayuntamiento, bien que explotados por Ducazeal—ya habrán notado ustedes que no se puede dar un paso sin tropezar con Ducazeal—encenderán sus luminarias á fin de mes.

Y estas son todas las novedades y diversiones que esperan á los madrileños que no pueden darse tono saliendo á vernear, aunque no sea más que á Pozuelo ó Carabanchel. Pero no; hay alguna más, supuesto que esta noche se estrena en el teatro de Novedades una zarzuela en tres actos, de la cual hablaré en mi crónica siguiente. Se titula «Los saltimbanquis.» El plural no es muy agradable, ¿verdad? S. de Trasmiera.

EL ANILLO DE ZAFIRO.

(CONTINUACIÓN.)

Florencia se retiró á su cuarto á prepararse para la hora de comer. Se puso su único vestido bueno. Había pertenecido á su madre y le lucía, cuando era institutriz, en los días que tenía que tocar el piano en las reuniones de mistress Chamberlain. Era de muselina de la India, ricamente bordado, y como era escotado, dejaba ver el fino y blanco cutis de los brazos y garganta. Florencia le había añadido algunos lazos de cinta azul. Terminado su tocado se miró en la luna de un espejo de cuerpo entero, y allí se reflejó su esbelta y graciosa figura, su peregrino rostro, sus dulces ojos garzos, con cejas delicadamente arqueadas, y su cabeza cubierta de profusos rizos de color castaño con reflejos dorados, luciendo en su contorneada muñeca un brazalete de coral, recuerdo de su infancia. Al entrar Florencia en el comedor, lady Vavasour dijo que en toda su vida había visto una mujer más hermosa: así que, durante la comida, servida inmediatamente, no pudo apartar los ojos de la dulce criatura que, con la sonrisa en los labios, estaba sentada enfrente de ella.

IV.

A la mañana siguiente, Florencia fué iniciada en los misterios de una tienda de modas de Londres; y se quedó asombrada, ante la inmensa variedad de vestidos que Lady Vavasour encargó sin atender á las protestas de Florencia. —Ahora, mi querida niña, dijo,—vámose á casa y mañana, cuando algo de lo que he encargado para vos esté hecho, iremos á pasear al Parque. Cuando estaban colocándose en el coche, un caballero se les acercó, y con una sonrisa de complacencia, dijo. —¡Hola querida tia.—Hace un siglo que no os he visto! Esta tarde pasaré á visitaros y os llevaré á oír á la Patti. —Os acompañaré con mucho gusto, Frank; pero si me lleváis á mí vendrá también esta sobrina mía, añadió señalando á Florencia. Con una inclinación de cabeza expresó ella el placer que esto le causaba; y, como élla le mirase, se ruborizó al reconocer á su compañero de viaje. También el caballero pareció reconocer á Florencia. A la hora convenida, tia y sobrina esperaban la anunciada visita. Florencia

llevaba un vestido de cachemir de color rosa pálido, y un grupo de blancas azaleas en sus hermosos cabellos. El brillante color que la alegría prestaba á sus mejillas añadía un encanto más á su delicada belleza. El capitán Mowbray, fué puntual. En seguida que llegó se clavaron sus ojos en la preciosa joven que tenía ante sí; pensó si habría llorado por fin la compañera de su vida. Lo cierto es que, cuando cogió la mano de Florencia en la suya, deseó en su corazón que aquella mujer y no otra fuera la que dispusiera de su destino. No obstante se volvió gravemente hacia su tia, y ofreciéndole su brazo, la condujo hasta el carruaje. Todo aquello parecía á los ojos de Florencia como la realización de un cuento de hadas, de los que había oído en su infancia. Ella era la reina de este cuento, y Mowbray el príncipe. Al abrirse el palco de Lady Vavasour, Florencia se sintió deslumbrada por el magnífico espectáculo que se presentaba ante su atónita vista. La temporada teatral se hallaba en su apogeo, y todas las localidades estaban ocupadas porque aquella noche debía cantar la popular diva una de sus óperas favoritas. Cuando los ojos de Florencia se acostumbraron un poco á aquel esplendor, toda la atención, el alma entera de Florencia se reconcentraba en la escena, y cuando terminó el primer acto, se escapó de su pecho un suspiro, como si despertara de un sueño. Lady Vavasour recibía con satisfacción las visitas de los que durante los entreactos iban á saludarla, más no dejó de advertir que aquella noche habían sido mucho más frecuentes que de costumbre. Pero, Mowbray, que ansiosamente observaba á Florencia, veía con íntimo placer que recibía todas aquellas miradas de admiración con sosegada compostura, reservando para él solo aquellas dulcíssimas sonrisas que había sido el primero en inspirar.

A la mañana siguiente, antes que Florencia saliese de su cuarto, su doncella le llevó un precioso ramillete, que acababa de traer el capitán Mowbray, con el encargo especial de que se le entregase inmediatamente. Las flores que le componían eran azaleas y grupos de perfumadas violetas. Florencia le puso cuidadosamente en agua y dijo con una dulce sonrisa. «Que amable es—que delicada atención.—Y bajó al comedor, no sin prenderse antes unas violetas del ramo. ¡Qué hermosa le parecía la vida ahora! El sol era más resplandeciente que nunca, y el canto de los pájaros el más dulce que ella había oído. El primer suspiro de amor, semejante á Midas había hecho de su vida, un tesoro.

En aquella tarde, en la siguiente, y durante varias semanas, Florencia encontró al capitán Mowbray, bien en su casa, en el baile, ó en la ópera. A cualquier parte adonde fuera estaba segura de hallarle; y aunque ninguna declaración formal había oído, su silencio era más elocuente que las palabras. Una tarde cantaban Florencia y el capitán uno de esos lindos duetos alemanes en el comedor donde después de comer le gustaba á Dady Vavasour dormir un rato. Despertó súbitamente la buena señora y llamando á Florencia le dijo: Vete, hija mía, á mi habitación y trae una cajita de sándalo que está en mi tocador; tengo allí unas chucherías que quiero que poseais tú y Frank.

La sobrina trajo la cajita y la tia sacó de allí varias cartas amarillentas, dos miniaturas y un par de sortijas de extraña forma y bastante valor. —Estas cartas, dijo á Florencia, las escribió tu pobre madre á nuestro padre. Habla de su matrimonio, y pide el perdón que nunca obtuvo de él. Esas miniaturas son los retratos de tus padres, que tu madre me remitió secretamente, poco tiempo después de su casamiento; y que durante muchos años han sido para mí un consuelo. Tómalos, hija mía, porque tú debes poseerlos; si bien espero me los dejarás ver algunas veces. En cuanto á estas sortijas, deseo que una sea para tí y otra para el capitán. ¿Cuál de las dos quieres, Frank?

—Yo, querida tia, quiero la que miss. Trevlyan me deje. Florencia miró los anillos: uno tenía un zafiro rodeado de pequeños brillantes, el otro un sello de preciosos rubies. —Creo, capitán Mowbray, que el zafiro es más propio para vos, dijo Florencia. —No soy aficionado á joyas, repuso el joven; pero siendo vos la que coloco esa sortija en mi dedo... la llevaré toda mi vida; y añadió en tono más bajo—me alegro que sea esa piedra de color azul, emblema de la constancia que confío tener.

Florencia le colocó la sortija en el dedo anular, y ella se puso el de rubies. Aquella tarde fué triste para Florencia, porque al día siguiente debía emprender con su tia un viaje á Italia, el cual duraría todo el invierno. Florencia no se atrevía á considerar su porvenir. Su vida le parecía que iba á ser muy enojosa hasta que volviere á ver á Mowbray, á quien ya verdaderamente amaba con toda la pasión del primer amor; sin embargo, cuando vino a aquel á despedirse de ellas, supo disimular tan bien su emoción que solo se tradujo en su palidez de sus labios. Esta indicación de sentimientos no pasó inadvertida para Mowbray, pero se dominó por no haber llegado aún el momento de manifestar los suyos propios.

(Se continuará.)